

mo por el Maestro, de que no me quiero curar, me impide toda crítica lúcida y desapasionada.

Admiro a Víctor Hugo, amigo mío, exactamente como él admiraba a Shakespeare, "comme une brute". Le amo en toda su luz solar y en todas sus extrañas manchas; y aun ante aquellos aspectos de su vida y de su obra de los que todos se retiran impacientes o sonriendo, permanezco yo obtusamente postrado. ¡Soy, amigo, de los que creen hasta en la sociología de Hugo! Ya ve Vd. que *La Ilustración* no tiene nada que ganar con las opiniones de una persona tan embrutecida en su superstición.

Ni sé siquiera, francamente, lo que Vd. desea averiguar: la influencia de Hugo en mi generación literaria se limita a la influencia general que ejerció en la literatura francesa, de la que la nuestra es un reflejo a un tiempo ingenuo y afectado. Mis más queridos camaradas de letras—con excepción del poeta, hermano de Juvenal, que escribió *La Muerte de Don Juan*—ni se impregnaron de Hugo, ni lo admiran sino incidentalmente, por su forta-